LA GATA DE MARI-RAMOS,

ZARZUELA FANTASTICA

EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

LETRA DE

DON MARIANO PINA,

MUSICA DE

DON CRISTOBAL OUDRID.

Representada por primera vez en Madrid, en el Teatro de la Zarzuela, el 27 de Enero de 1870.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1870.

PERSONAJES.		ACTORES.
NINA	Srta.	Bernal.
BENITA		Sarló.
LA A		Soldado.
LA G		Reiner.
LA R		Letre.
LA U		Dupuy.
EL PRÍNCIPE TONTO	Sres.	Rodriguez.
SILVESTRE		Miró.
HERMINIO		Loitia.
EL REY MELANCÓLICO		Ponzano.
BASILIO		Zamacois.
CHAMBELAN		Edo.
EMBAJADOR		Crespo.

Aldeanos, aldeanas, princesas, ujiéres, maceros, pajes, caballeros, damas de la córte, pájaras, letras y soldados.

ACTO PRIMERO.

Jardin: en el fondo un palacio.—Á la izquierda del actor, pabellon en primer término; en segundo, establo. En medio una gran maceta de rosas, sobre un pedestal, y banco de piedra al pie. Á la derecha, una especie de dosel formado de ramaje, guirnaldas y flores.

ESCENA PRIMERA.

BASILIO y ALDEANOS de ambos sexos arreglando el dosel, despues SILVESTRE.

MUSICA.

CORO.

Trabajemos todos
con actividad;
que hoy hay en palacio
gran festividad.
Con la fresca rosa
con el blanco azahar,
y el morado lirio,
mirto y arrayan,
ramos y guirnaldas
presto preparad,
que hoy escoge novia
el príncipe real.

(Se oye el doble de una campana.)

Tin... tin .. tin...
tan... tan... tan...
Escuchad.

SILV. (Saliendo.) Tan... tan... tan...
Tin... tin... tin...
Oid... oid...
Con su lengua pavorosa
nos anuncia la campana,
que descansa ya en la fosa
Mari-Ramos la gitana.

CORO. Del señor en la presencia
la maldad no se tapuja,
y al infierno, sin falencia,
Mari-Ramos va por bruja.

SILV. Era antigua jardinera
y astrológica de marca.

CORO. Era pícara hechicera,
y terror de la comarca.

SILV. Las noches de gran viento,
cantando alegre troba,
cruzaba el firmamento
montada en una escoba.
Á intérvalos lanzaba
chillido extraordinario,
y luego descansaba
en el alto campanario.
Al ver su caperuza,
formábanle cortejo
el cuervo y la lechuza,
el buho y el vencejo.
Y allí entre los miasmas
de filtros repugnantes
bailaba con fantasmas
vestiglos y gigantes.

CORO. Horror! pavor! disgusto!
La historia aterroriza.
Temblando estoy de susto
y el pelo se me eriza.

SILV. Y luego la gitana
con dulce melodía
cantaba esta tirana,

que el coro repetia.
Cuando una vieja flamenca
dice la buenaventura,
aprende sus vaticinios
en el libro de las brujas.
Y los aprende,
y los chanela,
porque hay un duende
que los diquela.
¡Ay! lí... lí...
quien me quiera oir,
sabrá la estrellita
que le ha de seguir.
¡Ay! ló... ló...
que quien no me oyó,
pudiendo saberla,
su suerte ignoró.
¡Ay! lí... lí... ay! ló... ló...

CORO. Cuando una vieja flamenca
dice la buenaventura,
etc., etc., etc.

HABLADO.

SILV. No obstante sus brujerías
y sus ungüentos y cábalas,
era la tal Mari-Ramos
una excelente gitana.
Á mí, que me vió nacer,
y á mi hermano, que á enterrarla
habrá ido, nos queria
la pobre con toda el alma.
Por eso la defendimos
más de una vez á puñadas
de los chicos, que por bruja
querian apedrearla.
Ahí en ese pabellon
su oscura vida pasaba,
y gracias á la difunta
reina, que la tuvo lástima
é intercedió con el rey,

no pereció entre las llamas
por hechicera.
BASILIO. Mal hecho:
debieron achicharrarla.
ALD. 1.ª Á mí me hizo mal de ojo,
y no me casé la pascua.
ALD. 2.ª Mataba las criaturas,
y la sangre las chupaba.
ALD. 1.ª Una vez robó dos niños,
y los guisó con patatas.
BASILIO. Era una bruja maldita.
ALD. 1.ª Una hechicera malvada.

ESCENA II.

DICHOS, HERMINIO.

HERM. Por eso sobre su losa
he puesto una cruz de caña,
para que guarde su cuerpo
de duendes y de fantasmas.
Y ahora, para cumplir
lo que dispongan sus cláusulas,
voy á leer el testamento.
BASILIO. Y de qué testó esa maula?
de lás drogas y mejunges
que para volar usaba?
SILV. Y si con sus brujerías
tornó las piedras en plata,
y salimos con que deja
un rico tesoro?...
BASILIO. Calla!...
pues es verdad.
ALD. 1.ª Y quizás
se acuerde en alguna manda
de nosotras.
ALD. 2.ª Dice bien.
ALD. 1.ª Ella era buena y honrada.
TODOS. Que lo lea, que lo lea.
SILV. Quien no calle, que se vaya.
HERM. Rompo el sobrescrito, y leo.
(Leyendo.) «Estando en mi entera y sana

»discrecion, yo, Mari-Ramos,
»con todo el mundo por patria,
»de edad de noventa abriles,
»tres meses y dos semanas,
»doncella de nacimiento,
»soltera ántes de casada,
»y casada siete veces,
»y viuda otras veces tantas,
»sin sucesion conocida,
»y sin ascendencia hallada,
»formulo mi testamento
»con voluntad libre y franca.
»Tengo por únicos bienes
»una burra y una gata,
»aquella algo respingosa,
»esta marrullera y sátrapa,
»y amiga de ventaneos,
»aunque honestísima y mansa.
»Lego la burra á Silvestre,
»y á Herminio dejo la gata.
»Son las únicas personas
»que aliviaron mi desgracia,
»y entre ellas parte sus bienes
»Mari-Ramos la gitana.»

BASILIO. No dice más?

HERM. Nada más.

BASILIO. (Á Herminio.)
Pues tu herencia es una ganga!

ALD. 1.ª La Nina!...

HERM. La gata!

BASILIO. Al cabo,
quien se lleva la ganancia
es Silvestre; aunque la burra
no deja de ser alhaja.
Ella se llama bolera
por lo cosquillosa y falsa,
y de cada coz que tira,
derrumba al suelo una tapia.

SILV. Pues la tengo que cuidar,
como si fuera mi hermana.

HERM. Y yo á mi mansa gatita
á cuerpo de rey.

BASILIO. Que os haga
lo heredado buen provecho.
HERM. Os damos cumplidas gracias,
y nos vamos á tomar
posesion de nuestras mandas.
(Vánse Herminio por el pabellon, y Silvestre por e
establo.)

ESCENA III.

BASILIO, ALDEANOS.

BASILIO. Bien hecho, y ahora nosotros
abandonando la calma,
prosigamos arreglando
las glorietas y enramadas
del jardin, que ya la córte
no tardará en visitarlas.
ALD. 1.ª Dicen que hoy elige novia
el Príncipe.
BASILIO. Y si se casa,
vamos á tener un mes
de diversiones y holganza.
Que vivan los novios!
TODOS. Vivan!
BASILIO. Por muchos años, y en marcha. (Vánse.)

ESCENA IV.

HERMINIO, con la gata en los brazos, SILVESTRE.

SILV. (En la puerta del establo.)
En cuanto el pienso disponga,
te lo traeré, no te aburras.
Es la perla de las burras.
(Reparando en Herminio.)
Hola!... Está aquí la morronga?
HERM. Alrededor de la cama,
en lastimeros maullidos,
lanzaba tristes gemidos
por la muerte de su ama.
SILV. (Acariciándola.)

Es muy suave su piel bella.
Ponla en la piedra.

HERM. Al instante.

(La pone en el banco.)

SILV. Ya verás qué interesante
y qué quieta se está en ella.

HERM. Para que el pesar deseche
y alegre á mi lado esté,
desde hoy la alimentaré
con dulces bollos de leche.

(Música muy piano en la orquesta. Sube un espeso vapor de la tierra, y oculta á la gata. Cuando lo indica el diálogo, se disuelve la nube y aparece Nina recostada y dormida en el banco, y vestida con un traje, cuyos adornos de piel se parecen á la de la gata.)

Ó bien corriendo senderos
y registrando eriales,
la traeré tiernos zorzales,
y calandrias y jilgueros.
En tanto que tú la ofreces
con igual mimo y halago,
del claro y profundo lago
frescos y pintados peces.

SILV. Y con tus canoras aves,
y mis pajeles y truchas
se pondrá... Pero no escuchas
esos acordes suaves?...

HERM. Cierto!... llega á mis oidos
dulce música sonora,
que embarga fascinadora
mis potencias y sentidos.

SILV. Mira!...

HERM. Fantástico velo
envuelve á la mansa gata,
y en densa nube de plata
parece elevarla al cielo!

SILV. Malo!... mi mente barrunta
por la nube y sinfonía,
que esta es una brujería
de la gitana difunta.

HERM. Silencio!

SILV. Por Lucifer!

Qué miro?...

HERM. Es que me fascina
rara vision!...

SILV. La minina
se ha trasformado en mujer!

ESCENA V.

DICHOS, NINA.

MUSICA.

HERM. Ó mi mente disparata,
y una espesa catarata
no me deja claro ver,
ó el demonio se desata,
disponiendo que una gata
tome forma de mujer.

SILV. Mi pupila se dilata,
mi magin se desbarata,
y me crispo al comprender,
que Lusbel metió la pata,
disponiendo que la gata
tome forma de mujer.

NINA. (Despertando.)
El letárgico beleño
mis sentidos deja ya,
y de extraño y largo sueño
me parece despertar.
(Se levanta.)
De celeste melodía
siento el eco descender,
y de dicha y alegría
embargar todo mi ser.
(Mirándose.)
Qué estoy mirando!
Es singular!
La forma tengo
de un racional!
Largo el cabello,
limpia mi tez!...
Será posible?...
oh! qué placer!
Ya no soy gata,

que soy mujer!
Esa es la casa...
este el jardin
en que corria
tras del reptil...
Ahora mi cuerpo
tiene esbeltez...
Nuevas ideas
hay en mi sien,
y en todo siento
mi nuevo ser.
Ya no soy gata,
que soy mujer!
(Reparando en Herminio y Silvestre.)
Qué estoy viendo?... no me engaño!
Yo conozco vuestra faz.
Ven acá... tú eres Herminio...
tú, Silvestre.

HERM. Es la verdad.

SILV. (Llamándola.)
Mis... mis... mis.

NINA. (Siguiéndole.) Marrañañau...
miau... miau, miau... puedes mandar.

SILV. Miau... miau, miau!... en qué quedamos?
Eres gata, ó racional?

NINA. No sé lo que soy,
no sé lo que fuí,
ni sé desde hoy
qué será de mí.
Pero deduzco
de este busilis,
que he de ser chica
de mucha filis.
Seré el encanto
del mundo entero,
con esta gracia
y este salero.
Lo digo yo:
ya se verá,
si es mi hermosura
particular.

HERM. No entiendo jota

de este busilis.
Ole con ole!
¡alza pilili!
Su aire es gracioso
y es zalamero;
que viva el rumbo,
viva el salero.
Lo digo yo,
es la verdad:
tiene una gracia
particular.

SILV. Se me alborota
toda la bilis,
al ver su cara
de ¡alza pilili!
Qué cuerpo tiene
tan zandunguero!
viva ese rumbo,
viva el salero.
Lo digo yo,
es la verdad:
tiene una gracia
particular.

HABLADO.

NINA. Qué alegre estoy... yo mujer!
Pero de tí saber quiero...
Soy bella?
HERM. Como un lucero.
NINA. Oh! qué feliz voy á ser!
Tambien era yo hechicera
cuando gata.
SILV. Tambien ántes?
NINA. Y entre mis muchos amantes
hubo cada pelotera!...
Pero yo, fiel al pudor,
respondí á sus arrebatos...
HERM. Respondiste!...
SILV. Hablan los gatos?
NINA. Pues no han de hablar? sí, señor.

SILV. Y se entienden?
NINA. Desde luego.
Aunque, por mimo ó ficcion,
hay en su pronunciacion
marcado acento gallego.
Cuando moviendo la cola
se acerca el gato á la gata,
dice, estirando una pata,
¿cuándo la veré á usté sola?
Entónces, se pasa ella
la mano por la mejilla,
y dice, casta y sencilla,
Caballero, soy doncella.
—Ay!... que así te quieru yo.
—Ay! ay!... que no me sufoques.
—Remunona.—Nu me toques.
—Solu un raticu.—Que no.
—Dame tus ojos.—Sun mius.
—Que voy.—Te arrancu los tufus.
—Te convidaré á los Bufus.
—De Arderius?... de Arderius?...
Y con tan breves razones,
y con lenguaje tan obvio,
se entienden la novia y novio
y se aman sus corazones.
SILV. Y despues, al menor guiño
sacan la afilada diestra.
NINA. Eso entre la raza nuestra
es un signo de cariño.
(Silvestre se retira.)
Ven... ven.
SILV. No te acerques... zape!
NINA. (Á Herminio) Por qué huye? Le causó miedo?
Ah!... (Mirando fijamente á la derecha.)
HERM. Qué es eso?
NINA. Estáte quedo...
Chito, que no se me escape.
HERM. Quién?
NINA. En mí su vista fija.
Oh! no te me escaparás.
(Da un salto y se va corriendo por la derecha.)
HERM. Nina!... escucha... á dónde vas?

SILV. Siguiendo á una sabandija.
Aunque de faz ha cambiado,
por sus instintos resuella.
HERM. No me escucha...voy tras ella. (Váse.)
SILV. Buena herencia has aceptado.
Santo Dios! mi turbacion
con otra idea se aumenta.
Si sufrirá mi jumenta
la propía transformacion?
(Mirando por la puerta del establo.)
Allí está en su propio ser;
pero moviéndose tanto,
que, á no dudar, el encanto
está ya para romper.

ESCENA VI.

SILVESTRE, BASILIO.

BASILIO. Trás de ti vengo.
SILV. Qué ocurre?
BASILIO. Pues, señor, es el motivo...
Tu conoces á mi mulo?
SILV. De vista.
BASILIO. Valiente bicho!
con más fuerzas que yo y tú,
y un andar de torbellino.
Pero segun el albéitar,
padece de reumatismo
en los cuadriles, y está
la criatura en un grito.
SILV. Dios nos libre.
BASILIO. Y como tengo
con precision y ahora mismo,
que llevar á la molienda
fanega y media de trigo,
en prestándome tu burra,
me sacas del compromiso.
SILV. Hombre, dame un garrotazo
en mitad del colodrillo,
porque nò puedo servirte.
BASILIO. Que no?

SILV. Lo que oyes, Basilio.
BASILIO. Te ofrezco que en una hora
va y viene.
SILV. Que no, te digo.
Mira, de un momento á otro
espero en ella un prodigio.
BASILIO. Un qué?...
SILV. Una cosa muy grande!
y si le da en el camino,
y abusas de su inocencia
y candor... que no me fio:
vamos, que no te la presto.
BASILIO. Yo te salgo á los perjuicios.
Quieres en prenda mi mulo?
SILV. Aunque me des á tu hijo.
BASILIO. Pues, adios. Tú, como dueño,
dispones á tu albedrío.
(Aunque rabies, la bolera
llevará el grano al molino.) (Váse.)

ESCENA VII.

SILVESTRE, despues BASILIO.

Á buen tiempo me la pide,
cuando conozco de fijo
que está el portento al caer
y reventando el hechizo.
Voy al mercado á comprar
un collar y unos zarzillos,
para hacerla este regalo,
en cuanto cambie de físico.
(Váse por la derecha.)
BASILIO (Saliendo por la izquierda.)
Se marchó... Esta es la ocasion
de burlar á ese mezquino.
Entro, cojo la jumenta,
la saco por el postigo,
y cuando vuelva Silvestre
estamos en el molino.
(Váse por el establo.)

ESCENA VIII.

NINA, HERMINIO.

NINA. Se escapó, pero le juro
que he de ponerme en acecho...
Qué alta soy! ántes apenas
alzaba un palmo del suelo.
Dime, te parezco así
mejor que ántes?
HERM. Con exceso.
Y me querrás á mí sólo?
NINA. Ó querré á varios á un tiempo.
HERM. Mira que la especie humana
sigue principios más rectos?
NINA. Te engañas: por un amante
leal, hay mil embusteros.
Los gatos, ménos hipócritas,
sus amores dan al viento,
y la astuta humanidad
los suyos miente en secreto.
Aquellos en los tejados
libran públicos torneos,
y á maullidos y cachetes
ganan noblemente el premio.
Mientras que el género humano,
bajo del oculto techo,
con insidiosas intrigas
turba el reposo doméstico.
Si gatadas hace el gato,
el hombre hace gatuperios;
aquel de tejas afuera,
y éste de tejas adentro.
Por lo cual, si de los unos
toman los otros ejemplo,
y los usos se confunden,
y se usurpan los derechos,
y se hacen cada gatada
entre sí, que arde el misterio,
es preciso convenir,
en que son entrambos géneros

una pura gatería
con piés de más ó de ménos.

HERM. Muy bachillera pareces.

NINA. Es condicion de mi sexo.
Ademas, desde que soy
mujer, no sé lo que siento
que revela en mí un poder
extraordinario é inmenso.

HERM. Te habrá dado Mari-Ramos
la ciencia del sortilegio?

NINA. Lo presumo. Y si es verdad
que esa habilidad poseo,
quiero ser rica, muy rica.
Tener vasallos y feudos,
lucir joyas y brocados,
y dar bailes y festejos,
y casarme con un príncipe.

HERM. Dejándome á mí soltero!
Y si me muero de pena?

NINA. Te llevan al cementerio.

HERM. No me amas, porque soy pobre!

NINA. Me gustas, pero no quiero
dejar la vida de gata,
para pasarla de perros.

HERM. Coqueta!

NINA. Bobo!

HERM. Orgullosa!

ESCENA IX.

DICHOS, BENITA.

BENITA. (Me habrán visto?... Santo cielo!
Me perseguirán?)

HERM. Quién va?

BENITA. No me hagais mal, os lo ruego.

HERM. Quién eres?

NINA. Yo te conozco.

BENITA. Quizá no esteis en lo cierto,
porque de contínuo vivo
en las breñas y los cerros.

NINA. Conociste á Mari-Ramos?

BENITA. Y á informarme de ella vengo.
NINA. Murió.
BENITA. Dios la dé su gloria,
y á mis jarales me vuelvo.
HERM. Quién eres?
BENITA. Nací en el bosque;
mis padres eran bohemios,
muy niña me abandonaron
y crecí en aquellos yermos.
Si alguna vez acosada
por el hambre, llegué á un pueblo,
me persiguieron los chicos
á pedradas y denuestos.
Mari-Ramos solamente
me demostró dulce afecto,
y me buscaba en el bosque,
y me llevaba el sustento,
y alguna vez en su hogar
reanimó mi cuerpo yerto.
NINA. Es verdad.
BENITA. Hace tres dias
que de yerbas me alimento;
y si ha muerto Mari-Ramos,
á mis jarales me vuelvo.
HERM. Detente.
BENITA. El mundo me odia,
y aquí sus crueldades temo.
Me llaman bestia salvaje!
HERM. Pues ya acabó todo eso.
Silvestre, mi buen hermano,
y yo tu amparo seremos.
Te lo juro á fe de Herminio.
BENITA. No me pegareis?... Qué es eso?
Viene gente!...
HERM. Nada temas.
BENITA. Huyamos. (Se entra en el establo.)
HERM. No tengas miedo.
Que miro? El Rey con su córte.
NINA. La córte!... Ese es mi elemento.
HERM. Pues debemos alejarnos.
NINA. Déjame aquí.
HERM. Ahora recuerdo...

Hoy elige novia el Príncipe
y viene todo el cortejo...

NINA. Oh! Si me viera su alteza...

HERM. Quita allá!...

NINA. Dicen que es memo.

HERM. Pero no querrá mujer
de tan bajo nacimiento.
Tiene á granel las princesas
que han venido de muy lejos,
y aquí no valen gatadas.
Sígueme. (Llevándosela.)

NINA. (Ya lo veremos.)

(Vánse por la derecha.)

ESCENA X.

El REY, el PRÍNCIPE, el CHAMBELAN, CABALLEROS DE LA CÓRTE, que salen por la puerta del palacio, precedidos de PAJES y UJIERES y seguidos de una escolta de SOLDADOS que se queda en la escalinata del palacio.

El Rey trae en la mano un espejo, del que no aparta la vista sino para mirar de vez en cuando al Príncipe, dando muestras de una profunda tristeza y de completa indiferencia hácia todo lo que pasa.

MUSICA.

CORO. El pueblo ansioso espera
que el hijo de su rey,
en bien de sus estados,
elija esposa fiel.

REY. (Ap. al Príncipe.)
Ya que en bien de mis estados
una esposa has de elegir,
noble infante, mucho ojo,
no te pase lo que á mí.
Mucho ojo.

PRINC. No comprendo...

REY. Desde que eras chiquitin
observé que era más roma

que la tuya mi nariz.
Mírate aquí. (Al espejo.)
Mírame á mí.
Á mi difunta
le interrogué,
mas su respuesta
nunca alcancé.
Y desde entónces,
dí en rebinar
en tan extraña
desigualdad.
(Vuelve á caer en su natural abatimiento.)

PRINC. No sé que causa
pudo mediar,
para el silencio
de mi mamá.

ESCENA XI.

DICHOS y PRINCESAS, caprichosamente vestidas.

CORO. Las princesas más bonitas
esparcidas por Europa,
al olor de matrimonio
han venido viento en popa.
Todas tienen lindo talle,
todas rostro encantador,
y en lo tiernas y mimosas
cada cual es un primor.

PRINC. (Mirándolas una por una.)
(Cada cual de estas princesas
es monísima en verdad;
pero al verlas, siento el alma
sin ninguna novedad.)

CORO. La gracia de todas
su mente enagena;
veremos si gusta
de rubia ó morena.
Ya duda, ya mira,
ya viene hácia acá.
Á ser voy, de fijo,
su cara mitad.

PRINC. Por alta ó por baja
por rubia ó morena,
ninguna me gusta,
ninguna me llena.
Que el pueblo murmure,
que rabié papá,
solteras vinieron,
solteras se irán.
Me voy.

(Se abren las ramas del maceton de en medio y aparece el busto de Nina.)

CORO. Se va?

PRINC. y CORO. (Al ver á Nina.) ¡Ah!...

PRINC. Cáspita! qué miró?
Esa linda faz,
cáspita! mi pecho
hace palpitar!

CORO. Cáspita! una bella
sale del rosal.
Cáspita! y le gusta
á su alteza real!

PRINC. Muestra todo el cuerpo,
sal, hermosa, sal,
que en tu lindo todo
busco mi mitad.

(Al acercarse el Príncipe, desaparece Nina, y vuelven las ramas á su lugar.)

Oh!... se evaporó!...

CORO. Desapareció.

PRINC. Ay! qué figura
tan principal!
ay! qué me pasa?
ay! qué me da?
Si de mi mente
no es ilusion
que no se oculte,
por compasion.

CORO. Ay! qué ventura
tan singular!
ay! qué le pasa?
ay! qué le da?
Forja en su mente

falsa vision!...
vaya un futuro
bobalicon!

HABLADO.

REY. Sabremos, en conclusion,
con quién vas á desposarte?
PRINC. Lo que sé, es, que por mi parte
se terminó la funcion.
De las que están á mi lado,
ninguna me importa un pito,
y pueden irse, repito,
cada pito por su lado.
P.ª 1.ª Desairar con tal despego
á tan egrègias personas!
PRINC. Sois muy egregias y monas;
pero á mí no me haceis juego.
Cada cual en la porfia
haga lo que más le pete.
P.ª 1.ª Primo, que nada os inquiete.
PRINC. Gracias, esa es cuenta mia.
La imágen desvanecida
voy desolado á buscar,
y la tengo que encontrar,
aunque el infierno lo impida.
REY. Te lo repito: mucho ojo.
Mírate aquí.
PRINC. Ya me he visto.
REY. Mírame á mí... y anda listo,
no des en el mismo abrojo.
(Vánse el Rey y Coro por la puerta de palacio, y el Príncipe por la izquierda.)

ESCENA XI.

SILVESTRE, despues BENITA.

SILV. Los pendientes y el brinquillo
valen un rico tesoro.
Ellos no serán de oro,

Pero deslumbra su brillo.
Habrá llegado á romper
la magia?... Por lo que siento
en el corazon, presiento
que hay novedad. Voy á ver...
(Mirando al establo.)
Cielos!... ya estalló! Allí está
mujer en todo el vigor.
Y se oculta... ya, el rubor...
la... Chiquita, ven acá!
Sal, sin que nada te asombre.
Parece robusta y bella.

BENITA. Sois Silvestre?
SILV. (Será ella,
cuando hasta sabe mi nombre.)
BENITA. Y Herminio?
SILV. (Dios soberano!
en su precoz raciocinio
tambien se acuerda de Herminio!)
Por ahí anda bueno y sano.
Tienes hambre? en dos instantes
traeré pasteles... conservas...
BENITA. Yo me alimento de yerbas.
SILV. Ya lo sé; pero eso era ántes...
Cuando andabas de otro modo.
BENITA. Cuando andaba, por mi mal,
como un ser irracional.
SILV. (Vamos, se acuerda de todo!)
Bien, pues aleja de tí
la idea que te atormenta.
Si hasta aquí fuiste jumenta...
BENITA. Tambien vos?... mujer nací.
SILV. Pero si el haberlo sido
no es ninguna picardía.
Muchas lo son todavía,
y gozan de gran partido.
BENITA. Pues soy mujer, y al que quiera
negarlo, le doy feroz... (Un puntapié.)
SILV. Ya lo comprendo, una coz.
So... so... ruch... quieta, bolera.
BENITA. Bolera! no quiero motes,
ni respondo á nombre ageno,

me llamo Benita.

SILV. Bueno;
Benita, no te alborotes.
Por el nombre no haya enfado:
yo pretendo ser tu amigo,
y en prueba de lo que digo,
mira lo que te he comprado.
(Mostrándole un estuche.)

BENITA. Á mí?... qué lindos pendientes!
Son finos?...

SILV. No lo han de ser!

BENITA. Y un collar!... y un alfiler!...
Qué piedras tan relucientes!

SILV. Los aceptas?

BENITA. Por qué no?

SILV. (Al punto los ha admitido.
Vamos, parece que ha sido
mujer desde que nació.)
Póntelos. (Lo hace.) Estás preciosa.

BENITA. Me caen bien?

SILV. Perfectamente.
Ya te verás en la fuente.
Pero hablemos de otra cosa.
Tienes libre el corazon?

BENITA. Pues cómo lo he de tener?

SILV. No... porque pudiera ser,
que ántes de la variacion
te flechasen las miradas
de algun tierno compañero,
y como te amo... yo quiero
situaciones despejadas!

BENITA. Amarme! no os da bochorno?
Á una bestia!...

SILV. Transmigrada.
Que está para desposada,
como salida del horno.

BENITA. Se os mofarán.

SILV. Al contrario.

BENITA. (Y yo brillaré en el mundo!)

SILV. Conque habla, y en un segundo
vamos casa del vicario.

BENITA. De veras?

SILV. (Abrazándola.) Sí, salerosa.
BENITA. Arre allá!... Todavía no.
SILV. Perdona. Se me olvidó
que eras algo cosquillosa.
BENITA. Soy, aunque pobre, altanera.
SILV. (Con qué talento responde
á todo!) Vamos?
BENITA. Por dónde?
SILV. Por aquí.—Toma... bolera.
(Vánse por la derecha.)

ESCENA XII.

EL PRÍNCIPE.

Á punto estoy de estallar
pensando en mi suerte escasa,
porque lo que á mí me pasa,
tiene mucho que pensar.
Desde que vine á este mundo,
por sentimiento inconexo,
he mirado el bello sexo
con el desden más profundo.
Á la más linda mujer
como á la más fea ví,
y sus palabras oí
como quien oye llover.
Y en estas aberraciones
miro una que me hace gracia,
y me quedo, por desgracia,
como aquel que ve visiones.

MUSICA.

Morena, que así me das
la muerte con tu desden,
no me digas que te vas,
cuando yo te digo, ven.
Ven palomita
zarandalí.
y un zarandillo

tendrás en mí.
Dame tu zarandan...
chavaravarán.
Toma mi zarandin...
chiviriviriu.
Ven, que mi amor te espera,
zarandalera,
zarandalilla,
zarandalí.
Con esa cara de sal,
con esa boca de miel,
ay! Jesus! tu aquel es tal,
que me muero por tu aquel.
Ven palomita
zarandalí, etc.

ESCENA XIII.

DICHO, NINA.

HABLADO.

PRINC. Cielos! (Viéndola.)
NINA. (Desde aquí le veo.)
PRINC. (Alégrate, corazon!
Será una nueva ilusion
con que me engaña el deseo?
Es la misma... ese es su rostro!)
NINA. (Me mira.)
PRINC. Ven sin temor.
Me conoces?
NINA. Sí, señor,
y á vuestras plantas me postro.
PRINC. Alza... (Su beldad me ofusca.)
Eres, la que hace un instante,
por entre el rosal fragante
asomó la cara chusca?
NINA. Me habreis visto, mas no aquí.
PRINC. Pues cuándo? Dame una seña.
NINA. Cuando era yo tan pequeña,
que no os fijabais en mí.

Yo en vuestro palacio entraba,
yo vuestros pasos seguia,
y á vuestros piés me dormia
y esa mano me halagaba.

PRINC. Eso aprieta más las cuñas
de mi admiracion!... y dí,
te acariciaba así? (Cogiéndola una mano.)

NINA. (Id al Príncipe.) Así.

PRINC. Ay!... que me clavas las uñas.

NINA. Perdonad, es un resabio
que enmendaré diligente.

PRINC. Pues escucha atentamente
las palabras de mi labio.
Yo debo esposa escoger,
y me emboba tu belleza;
conque, dime, con franqueza,
si quieres ser mi mujer.

NINA. No he de querer?... Si os embobo,
no soy yo la que se engaña.
Debe ser una cucaña
tener un marido bobo.

PRINC. Eres noble?

NINA. Hasta el zapato.

PRINC. Tu abolengo?...

NINA. Un laberinto.

PRINC. Mi sangre es de Chindasvinto.

NINA. La mia de Mauregato.

PRINC. Azul tambien?

NINA. De los viejos.

PRINC. Yo añil de una herida eché.

NINA. Yo una vez que me sangré,
llené el cuarto de azulejos.

BASILIO. (Saliendo por el establo y marchándose por la derecha.)
(Ya dejo aquí la jumenta
de vuelta de mi viaje:
si lo ha sabido Silvestre,
nada me importa que rabie.)

PRINC. Eres mi media naranja.

NINA. Vos mi estrella relumbrante.

PRINC. Y te casarás conmigo?

NINA. Aunque supiera estrellarme.

PRINC. Me lo juras?
NINA. Os lo juro,
por el nombre de mi padre.
PRINC. Quién es tu padre?
NINA. Se cree
que fué un romano muy grande.
PRINC. Murió?
NINA. Calló de una altura,
y se aplastó los ijares.
PRINC. Siento que falte á la boda
tu padre, que en paz descanse.
Hola!... Ujieres?...
UJIER. Gran señor...
PRINC. Decid al rey, que Dios guarde,
que hallé mi media naranja,
y que anuncie con timbales,
que esta media y mi otra media
formarán una esta tarde.
(El Príncipe conduce á Nina al pabellon, y él se va por el foro.)

ESCENA XIV.

SILVESTRE.

Se verificó el consorcio
sin faltar á ningun trámite.
Pero, señor... se habrá visto
prodigio más fulminante?...
Aquel era su pesebre (Mirando.)
Allí estaba... Santa Práxedes!
Qué estoy mirando? Es la misma
en su primitiva imágen!
No estoy soñando?... Bolera?...
Me contesta como ántes,
aguzando las orejas
y alegrando su semblante!
Pero cómo se concilia?...
Si yo acabo de casarme
con la otra... es decir, con esta
que se transforma y comparte
simultáneamente, y tiene

dos individualidades.
Dios mio!... conque soy bígamo!
Yo, por costunbre y carácter
tan parco y morigerado,
llegar á tan duro trance!
Ay! Herminio de mi alma! (Viéndole.)

HERM. (Saliendo.) Qué tienes?

SILV. Ansias mortales.
He atropellado las leyes.

HERM. Tú!...

SILV. Pero no soy culpable.

HERM. Silencio... la comitiva
que para la boda sale.

ESCENA XV.

DICHOS, el PRINCIPE, el REY, el CHAMBELAN, UJIERES, GUARDIAS, CABALLEROS y PRINCESAS. Cada una de estas saca la bandera de su respectiva nacion. Despues NINA.

MUSICA.

CORO. En cuanto sepamos
la que adora amante,
las demás Princesas
toman el portante.

CHAMB. Quién de estas bellezas
logra tal ventura?...

PRINC. Voy á presentarla:
esta es mi futura. (Presentando á Nina.)

HERM. Ella!...

CORO. Ella!

SILV. Ella!

TODOS. ¡Ah!

PRINC. Qué me dice mi papá?

REY. Quién es ella?
(Saliendo de su natural distraccion.)

PRINC. Vedla.

REY. (Admirado.) Oh!...
(Algo nuevo siento yo!)

NINA. (Al verme mi suegro

flechazo le dí.
Menudo es el cisco
que haber puede aquí.)

REY. (Al ver á mi nuera
germinan en mí,
augustos arranques
que muertos creí.)

PRINC. (Pensando en que Nina
será para mí,
los piés se me bailan
en los borceguís.)

HERM. (Se casa con ella...
Es grano de anís!
No entiende este juego
ni el propio Merlin.)

SILV. (Si de una morronga
se precian así,
mi burra, lo ménos
será emperatriz.)

PRINCS. Doncellas vinimos,
y al cabo y al fin,
doncellas volvemos
á nuestro país.

PRINC. La ceremonia empiece.

CHAMB. Para ello es esencial
el que la novia sea
tambien de estirpe real.

PRINC. Sí lo es.

NINA. (Ah! Mari-Ramos,
Tu auxilio invoco yo.)

(Suena una trompa.)

PRINC. Qué anuncia de esa trompa
el melodioso son?

CHAMB. Anuncia que ha llegado
algun embajador.

PRINC. Un embajador!
pase sin tardar,
si á ello no se opone
vuestra majestad.

ESCENA XVI.

DICHOS, un EMBAJADOR. Precedido de REYES DE ARMAS, y seguido de GUARDIAS.

Sigue la música muy piano.

HABLADO.

EMBAJ. Yo soy el representante
de un reino muy dilatado,
que sucesora ha nombrado
del trono que está vacante.
El pueblo entero ambiciona
á su reina conocer,
y yo la vengo á ofrecer
tan espléndida corona.
PRINC. Quién es?
EMBAJ. Nina.
NINA. (El corazon
la altiva soberbia inflama.)
PRINC. Y qué estado la proclama?
EMBAJ. El reino de la ambicion.
NINA. Yo con entusiasmo extremo
acepto el augusto rango;
que este mundo es un fandango,
y el que no baila es un memo.

CANTO.

Parto hoy mismo á mis estados,
quien me quiera acompañar,
convidado está á las fiestas
que en mi boda se han de dar.
TODOS. Vamos todos.
NINA. (Al Rey) Os convido.
TODOS. Pues marchemos sin tardar.
NINA. Voy á reinar,
voy á tener
dicha sin par,
fausto y poder.
Ver sin temor

Voy á reinar

quiero hasta el fin.
Cruja el tambor,
suene el clarin.
Ran, cataplan... tiri titín.

PRINC. Voy á reinar,
voy á tener
dicha sin par
con mi mujer.
Y pues mi amor
le hace tilin,
cruja el tambor,
suene el clarin.
Ran, cataplan... tiri titin.

REY. Piensa al mirar (Al Príncipe.)
á esa mujer,
que te va á dar
mucho que hacer.
Sé previsor,
mírate aquí, (Al espejo.)
y con dolor
mírame á mí.

HERM. Se va á casar,
y es menester
reflexionar
lo que he de hacer.
¡Oh! qué dolor!
¡Oh! amargo esplin!
Cruja el tambor,
suene el clarin.
Ran, cataplan... tiri titín.

SILV. Es singular!
tiene que ver
la dualidad
de mi mujer.
¡Oh! qué dolor!
¡Oh! amargo esplin!
Cruja el tambor,
suene el clarin.
Ran, cataplan... tiri titín.

CORO. Vamos allá,
vamos á ver
la realidad

de su poder.
Viva el amor
viva el festin.
Cruja el tambor,
suene el clarin.
Ran, cataplan... tiri titín.
Á marchar,
á partir.

(Marcha general. Las Princesas, despues de hacer varias evoluciones durante el coro, forman con sus banderas una especie de dosel, bajo el cual marcha Nina.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon fantástico en el reino de la ambicion.

ESCENA PRIMERA.

SILVESTRE, despues HERMINIO.

SILV. (Saliendo.)
Hola, ujieres?... hola, pajes?...
Palafreneros?... lacayos?...
Nadie responde á mi voz!...
Apuesto á que están roncando.
No hay como pisar la córte
para conocer bigardos.
Pero juro por quien soy,
que si en el poder me afianzo,
he de limpiar el pais
de truchimanes y vagos,
para que no queden otros
que yo y mis patrocinados.
Si el bobalicon de Herminio,
que no quiso acompañarnos,
hubiera venido acá,
en un dos por tres lo armo.
Pero le dió por gemir
porque á otro ofreció su mano
Nina, y allá se quedó

cogiendo acelgas y espárragos.

HERM. (Simbolizando en su traje al oro.)
(Envuelto en oscura nube
y por el viento arrastrado,
desde mi pobre morada
me encuentro en este palacio.)

SILV. (Quién es este caballero?)

HERM. (Y á dónde guio mis pasos?...
Aquí no conozco á nadie...)
Vive Dios!... qué estoy mirando!...
Silvestre!...

SILV. Esa voz!... quién es?...

HERM. No me conoces? tu hermano.

SILV. Será cierto?... pero chico!...
qué es esto? estás trasformado!
El traje... el semblante... explícame...

HERM. Prodigios de Mari-Ramos.—
Cuando el desamor de Nina
me dejó desesperado,
una noche, en que vagaba
por el bosque sollozando,
ví que un arbusto adquiria
la forma de un cuerpo humano.
Quise huir despavorido,
y el terror me dejó estático.
Sonó un formidable trueno
tras la luz de cien relámpagos,
y la voz de la gitana
trabó conmigo este diálogo.
—Herminio, quieres á Nina?
—La adoro como un menguado.
—Y ella no te corresponde?
—La ingrata pica muy alto.
—Quieres bajar su soberbia?
—Valgo poco para tanto.
—Voy á hacerte rey del mundo,
y á trasladarte á su lado.

SILV. Rey del mundo!

HERM. Desde hoy
eres el oro.—Lo aplaudo.
—Pero si con tu poder
no humillas el insensato

orgullo de Nina, y necio
te rindes á sus halagos,
tu flaqueza y su soberbia
serán la ruina de entrambos.—
Volvió á retumbar el trueno,
y entre huracanes y rayos,
cruzando la densa atmósfera,
llegué hasta aquí.

SILV. Voto al chápiro!
Nos vienes como pedrada
en ojo de boticario.

HERM. No entiendo...

SILV. Que este pais
se encuentra sin un ochavo.

HERM. El reino de la ambicion!...

SILV. Justo: aquí no hay más que vagos
que desde el nacer se crian
á los pechos del erario.

HERM. Bravísimo!

SILV. Con decirte
que yo soy el encargado
de formar el ministerio,
no necesitas más datos.

HERM. Bueno será!

SILV. Por la muestra
puedes calcular el paño.

HERM. Pero es cierto?

SILV. Y si me ayudas
se esculpe mi nombre en mármol.
Serás ministro de Hacienda.

HERM. Yo en los negocios de Estado
mezclarme?... No los entiendo.

SILV. Ni yo. Bueno está el reparo!

HERM. Busco aquí el amor de Nina.

SILV. Déjate de amores sándios.
Lo primero es el bien público.
No miras en mi entusiasmo
que ante ese bien sacrifico
gloria, salud y descanso?

HERM. Te has hecho pródigo?

SILV. No;
pero á mi mujer le ha dado,

desde que pisó la córte,
por el lujo y el boato,
y es fuerza darla dinero
ó romperla el espinazo.

HERM. Ella, que era tan humilde...
SILV. El que la vió en el establo!...
Herminio, ántes de casarte,
cuélgate mejor de un árbol.
HERM. Oh!... si Nina me quisiera!...
SILV. Rechaza sus arrumacos.
HERM. Porque ama al Príncipe?
SILV. Quiá!...
Ya tiene otro candidato.
HERM. Quién es?
SILV. El Rey...
HERM. Aquel viejo?...
SILV. Ella no repara en años;
va al negocio, que es aquí
el fin á que todos vamos.
Por eso quiero que seas
ministro.
HERM. Y yo lo rechazo.
SILV. Préstame al ménos tu brillo,
para dorar el petardo.
HERM. Silencio, por allí llegan...
SILV. La reina y sus cortesanos,
que van á tratar en solfa
de los negocios más árduos.

ESCENA II.

DICHOS, NINA, el PRÍNCIPE, el REY, PRINCESAS, CABALLEROS y DAMAS DE LA CÓRTE, PAJES, UJIERES, etc.

MUSICA.

CORO. En los estados de la ambicion,
reina y señora tenemos ya;
pero lo grave de la cuestion
es que consiga su majestad,
darle á cada súbdito

óptimo caudal,
para que viva
sin trabajar.

NINA. En los estados de la ambicion,
reina y señora me encuentro ya;
y he de ser gloria de la nacion
por mi esquisita legalidad.
Yo daré á mis súbditos
óptimo caudal,
para que vivan sin trabajar.

PRINC. Estoy esperando,
bella reina mia,
que se fije el dia
para nuestra union.

NINA. Id, por Dios, dejando
tan tenaz manía,
porque ya me hastía
vuestra pretension.

PRINC. Pero de ese cambio,
cuál es la razon?

NINA. Porque cuando quiero
mudo de opinion.

REY. (Que ha estado, como siempre, con la vista fija en el espejo.)
Y mi mano aceptas?

NINA. (Ap. al Rey.)
Cómo he de dudar?
Él es solo alteza,
y vos majestad.

PRINC. Tu mano me ofreces,
las bodas aplazas,
y luego, perjura,
me das calabazas.
Que diga cualquiera,
por vida de quién!
si en este negocio
te portas muy bien.

CORO. Retebien.

NINA. Si boda pretendes
con otra te enlazas,
que yo sin remedio
te doy calabazas.

Con doble corona
se adorna mi sien.
Que diga cualquiera
si no hago muy bien.

CORO. Retebien.

REY. Su mano desdeña
con hábiles trazas,
y al Príncipe augusto
le da calabazas.
Celebro y aplaudo
tan justo desden,
y en eso la reina
se porta muy bien.

CORO. Retebien.

HABLADO.

HERM. (Me ve y en mí no repara.
Oh! poder de Mari-Ramos!)

NINA. Vasallos, al fin estamos
hablándonos cara á cara.
Y pues llega la ocasion,
que es calva hasta el colodrillo,
por los cabellos la pillo,
y os echo una alocucion.
Quiero, que evitando yerros,
altos, bajos y medianos,
vivan cual buenos hermanos,
no como gatos y perros.
Nadie de la ley escape,
ó pondré el cuello en un tris
tanto del que diga *mis*,
como del que diga zape.
Con prontitud y energía
será el crímen castigado,
y el gato que está escaldado
huye hasta del agua fria.
Y, como recta y severa,
al que me enseñe la zarpa,
ántes que gane la escarpa,
le cerraré la gatera;

si algun vasallo insensato
á mis órdenes se opone,
ya veremos quién le pone
los cascabeles al gato.

SILV. Magnífico!

HERM. (Aunque habla altiva,
no desdice de su casta.)

NINA. Por hoy con lo dicho basta.

SILV. Viva nuestra reina!

TODOS. Viva!

NINA. Marchad.

PRINC. Sigue vuestro encono
contra mí?

NINA. Siempre. (Ay, qué chinche!)

PRINC. (Me va á matar el berrinche.)

REY. (Ap. á Nina.) Adios, gachona.

NINA. (Id. al Rey.) Adios, mono.
(Vánse.)

ESCENA III.

NINA, HERMINIO.

NINA. No escuchásteis la órden mia?
Obedecedla veloz.

HERM. Miradme bien.

NINA. Esa voz!...

EERM. Soy Herminio.

NINA. Oh! qué alegria!
Pero ha cambiado tu ser!...
Quién lo hizo, y de qué manera?

HERM. Nuestra gitana hechicera
con su mágico poder.
Al partir tu córte real
tanto lloré y me afligí,
que para acercarme á tí,
me ha trasformado en metal.

NINA. Sí?... Pues ya que mi buen sino
hasta á reina me ha elevado,
para que vivas holgado
te daré un pingüe destino.
Uno que el viento no arrasa

si el gobierno se renueva.

HERM. Lo que se llama una breva.

NINA. Lo que se da á los de casa.
Te haré duque, ó general,
ó mi montero mayor...

HERM. Es muy poco.

NINA. Ó director
de hacienda... ó guarda rural.

HERM. Nada puede realizarse
no siendo esposos los dos.

NINA. Eso, por amor de Dios,
es tirar á no ajustarse.

HERM. No has roto aquí en buena ley
tu anunciado casamiento?

NINA. Pero en el propio momento
prometí mi mano al rey.

HERM. Le amas?

NINA. No, gano en sus bodas.

HERM. De un tonto ansiar la coyunda!

NINA. Es el género que abunda,
y apechugo como todas.
Si rindiéramos el alma
solo al hombre de criterio,
íbamos al cementerio
la mayor parte con palma.

HERM. Desprecia del rey la mano,
y admite mi fiel cariño.

NINA. Vuelta otra vez!... mira, niño,
tu cerebro no está sano.
Si ante el cura y su sotana
el Rey, que hácia mí se inclina,
me quiere llamar su Nina,
cómo he de llamarme andana?

HERM. Ya que ambiciosa y tenaz
con tal sueño te diviertes,
recuerda cuando despiertes
que te brindé con la paz.
Amas al rey?

NINA. Le amaré.

HERM. Pues, adios.

NINA. Hasta la tumba.

HERM. Aunque de pena sucumba

te he de olvidar.

NINA. Y á mí, qué?

HERM. Y ciega me adorarás.

NINA. Eres poco para mí.

HERM. Y me reiré.

NINA. Yo de tí.

HERM. Hasta nunca.

NINA. Hasta jamás.

(Váse Herminio.)

ESCENA IV.

NINA, despues SILVESTRE.

NINA. Qué necia ridiculez,
y qué insufrible egoismo!
Y dale siempre á lo mismo,
y vuelta á la pesadez...
Herminio es de juicio recto,
y bueno y bien parecido;
pero á mí para marido
no me hace ningun efecto.

SILV. (Saliendo por el lado que se marchó Herminio.)
Esto es atroz y horroroso!
Yo así no puedo seguir!

NINA. Quién se atreve aquí á gemir?

SILV. El que desdichado esposo,
siendo de los más gallardos,
sospecha que su consorte,
desde que pisó lo córte,
se le va de picos pardos.
Se hace eso entre blancas tribus?

NINA. La concordia se le exordia.

SILV. Ella no admite concordia,
como no la dé conquibus.
Y como no tengo plata
para saciar su ambicion,
me arma cada desazon
que se hunde la intemerata.

NINA. Bien, yo quedo en protegerte.

SILV. Hacedlo con mano larga.
Yo en situacion tan amarga,

y Herminio... esa sí que es suerte!
NINA. Ya le ví.
SILV. Como le adoro,
su elevacion no me altera.
NINA. Qué es aquí?
SILV. Una friolera!
Pues no lo sabeis?... el oro!
NINA. El oro!...
SILV. El rico metal,
cuya presencia alboroza
lo mismo en la humilde choza
que en el palacio imperial.
El monarca sin segundo,
para el cual no sirven leyes,
y manda en pueblos y reyes,
porque él es el rey del mundo.
NINA. El rey del mundo!... Es verdad.
SILV. Y aquí de su mano ansiosas
ya las damas más hermosas
le rinden su voluntad.
NINA. Pues ninguna presumida
para ser suya se peina.
Yo, que soy aquí la reina,
debo ser la preferida.
SILV. Le amas?
NINA. Desde que le ví.
SILV. Pues no le pierdas de vista,
que hay muchas que su conquista
disputan con frenesí.
Europa le ofrece rédito
porque vaya en su socorro,
y por él andan al morro
las sociedades de crédito.
Lo buscan por todas partes
la pereza y la mentira,
y hoy es el númen que inspira
á las letras y las artes.
NINA. De ese rey con su amor puro
obtendré el trono esplendente.
SILV. Mira, que es inconsecuente.
NINA. Le tengo yo muy seguro.
SILV. Mira, que entran á bandadas

pájaras que á su husma vienen.

NINA. Esas pájaras no tienen
mis seductoras miradas.

SILV. Cuanto es mayor la subida,
más peligroso es el salto.

NINA. Con tal de subir muy alto,
no le temo á la caida.
(Váse por el lado que se marchó Herminio.)

ESCENA V.

SILVESTRE, despues BENITA.

SILV. No le teme... claro es,
y al decirlo está en su cuerda.
Como fué gata, se acuerda
de que siempre cae de piés.
Y á todo esto, mi señora
andará de ceca en meca,
y como de forma trueca,
en dónde la encuentro ahora?
Hola!... desde aquí diviso
una pájara muy chusca,
de las que vendrán en busca
del rey mi hermano.

BENITA. (Vestida de pájara de papel, desde la puerta.)
Hay permiso?

SILV. Adelante, señorita.

BENITA. Dónde está? hablad al momento.

SILV. Y bien?...

BENITA. El oro.

SILV. Ese acento!...

BENITA. Cielos!... mi esposo!

SILV. Benita!
Á pesar del albayalde
te conoce tu marido.

BENITA. Bien, pues si me has conocido,
no me prediques en balde.

SILV. Á un esposo de mi pró
su mujer se le presenta
hecha pájara!

BENITA. Y de cuenta.

SILV. Ya te la ajustaré yo.

BENITA. La mia es clara y patente.
Sé que cinco y tres son ocho,
mas, como gasto y derrocho,
cinco y tres han de ser veinte.
Con un pobre me casé,
opulencia pretendí,
voto al espejo pedí,
y él me dijo: ahí verá usté.
Y ví que siendo tú piedra,
y yo de belleza el colmo,
ni tú debes ser mi olmo,
ni yo puedo ser tu yedra.
Yo quiero lujo y boato,
tú me estrechas, yo te arguyo,
y están mi genio y el tuyo
como tres en un zapato.
La reina no me protege,
soy bonita y lucir quiero,
y tú no me das dinero
para este teje maneje.
Conque, sácame al instante,
de estado tan angustioso,
como amante y como esposo,
como esposo y como amante.

SILV. Sí?... pues para ese problema
de los veinte y de los ocho,
tengo, aunque soy muy zolocho,
un infalible sistema.
Yo por mujer te tomé,
tú te burlaste de mí,
y aunque en cuatro piés te ví,
tienes que andar en un pie.
Tu despecho no me arredra,
y si mi ira llega al colmo,
es muy posible que el olmo
le rompa un brazo á la yedra.
En cuanto al lujo y boato
verás, si á palos te arguyo,
que sabe el marido tuyo
donde le aprieta el zapato.
Y si algun teje maneje

de tu proceder infiero,
aunque se hunda el mundo entero,
te divido por el eje.
Conque, piensa y premedita
el porvenir que te espera.
como Benita y bolera,
como bolera y Benita.

BENITA. Tu sermon no me impresiona.

SILV. Para que te lleve el diablo,
más te quiero en el establo
que no pájara gorrona.

BENITA. Muchas andan por ahí.

SILV. Pues no te trates con ellas.

BENITA. Son tan chistosas y bellas...
(Preludio en la orquesta.)
oyes?... vienen hácia aquí.

SILV. De su contacto me alejo.

BENITA. Verás su gracia y descoco.

SILV. En deslizándote un poco,
vengo á tundirte el pellejo. (Váse.)

ESCENA VI.

BENITA y CORO DE MUJERES, disfrazadas de pájaras de papel. Despues NINA.

MUSICA.

BENITA. Por aquí... por aquí.

CORO. Pí, pí, pí... pí, pí, pí.
Dónde está!

BENITA. Ya vendrá.

CORO, Clá, clá, clá... clá, clá, clá.
Busquemos, busquemos
con asiduidad,
y la más buscona
más lo explotará.
Por acá... por aquí...
Pí, pí, pí... pí, pí, pí.
Por aquí... por allá...
Clá... clá, clá... clá, clá,clá.
Somos pájaras sedientas

del precioso mineral,
y gastamos pingües rentas,
sin tener ningun caudal.
Somos aves que llevamos
un anzuelo en cada alon,
y al que pica le dejamos
como el gallo de Moron.

NINA. (Saliendo.)
Me desdeña vanidoso,
y el furer me va á matar.
Estas son las pajarracas
que le quieren atrapar.
Del oro anhelado
siguiendo la pista,
la pájara lista
se apresta á la lid.
Mas pienso que en vano
le forma la rueda,
pues no hay quien me exceda
en gracia gentil.

CORO. Del oro anhelado
si vemos la pista,
fijamos la vista
con ánsia febril.
Y ufanas y alegres
al ver la moneda,
le hacemos la rueda (La hacen.)
con gracia gentil.
Pí, pírí, pí... pí, pírí, pí.
Busquemos, busquemos
con asiduidad,
y la más buscona
más lo esplotará.
Por aquí... por allá...
Pí, pí, pí... clá, clá, clá. (Vánse.)

ESCENA VII.

NINA.

HABLADO

Me desdeña con teson
y se burla de mi anhelo!
Señor de la tierra y cielo!
por qué es esta variacion?
El espejo, al que remito
las dudas que el alma siente,
me dice constantemente,
que tengo un bello palmito.
Mi mirada el fuego brinda
que hay en el luciente astro;
y mi cuello es de alabastro
y mi boca es una guinda.
Sutil mi talle, el pie breve;
en mi andar hay elegancia,
y mis manos, sin jactancia,
parecen copos de nieve.
Y por más que llevo expresas
esas gracias tan preciosas,
por flecharle hago mil cosas,
y él dice, que ni por esas.
Le miro, y vuelve la cara.
Le llamo, y no me responde.
Le busco y veloz se esconde.
Me ve y en mí no repara.
Ante mi fuego amoroso
más su frialdad se acrecienta.
Yo soy la reina pimienta,
y él es el monarca soso.

ESCENA VIII.

DICHA, HERMINIO, que atraviesa la escena para marcharse.

NINA. Él es!... Pst?
HERM. Ah!... estás ahí?
NINA. Ven. (Qué vano y satisfecho!

HERM. Nos separa el mismo trecho.
NINA. Acércate.
HERM. Ven tú aquí.
NINA. (Acercándose.) Me guardas rencor?
HERM. Por qué?
NINA. Te acuerdas de mí?
HERM. Tal cual.
NINA. Estás de monos?
HERM. No tal.
NINA. Piensas en otra?
HERM. No sé.
Conque... si no te interesa
saber más... (Se retira.)
NINA. Te marchas?
HERM. Sí.
NINA. Ven, Herminio.
HERM. Ven tú aquí.
NINA. Ay!... qué sangre tan espesa!
HERM. (Ay!... qué penoso tormento!
NINA. Prometo ser muy concisa.
Quiero hablarte.
HERM. Voy de prisa.
NINA. (Deteniéndole.)
Óyeme sólo un momento,

MUSICA.

Mira, que si me miras
con vista airada,
mira, que me consumes
con tu mirada.
Mírame alegre,
y haz que para tus ojos
mis rizos peine.

HERM. Mira, que si me miras
enamorada,
mira, que me encocoras
con tu mirada.
Y siento al verte,
lo mismo que si un calvo
se encuentra un peine.

NINA. Válgame el Señor,
qué tenacidad!
Quédate con Dios.
HERM. No, por caridad.
NINA. Aunque te vayas
al fin del mundo,
paso tras paso
te seguiré.
Y ha de vencerte
mi amor profundo,
y has de adorarme
sumiso y fiel.
Fijando en tí
mirada audaz,
vendrás á mí;
ya lo verás.
Larí... larí...
lará... lará...
y la tarantela
te he de hacer bailar.
HERM. Aun que me sigas
al fin del mundo,
más que tú corras
yo correré.
Y ha de aburrirse
tu amor profundo,
y ha de cansarse
tu lindo pie.
Y al verte así
mirarme audaz,
mi vista en tí
no he de fijar.
Larí... larí...
lará... lará...
(Marcando el paso de tarantela.)
Ya la tarantela
puedes preludiar.

HABLADO.

Adios.

NINA. No, por compasion.
HERM. Me esperan varias señoras.
NINA. Pájaras engañadoras
sin alma y sin corazon.
HERM. Que brillan...
NINA. Por su descoco.
HERM. Y ofrecen...
NINA. Lo que no estiman.
HERM. Y que me halagan y miman.
NINA. Te estoy yo mimando poco?
Vaya... cese tu despego.
HERM. Y el rey á quien ofrecida
estás?
NINA. Perdió la partida.
HERM. Pues memorias y hasta luego. (Váse.)
NINA. Se va!... y con desden profundo
me ha visto á sus piés rendida!
Pues aunque el mundo lo impida,
he de ser reina del mundo.
(Váse por el mismo lado.)

ESCENA IX.

El PRÍNCIPE, SILVESTRE.

PRINC. Allí va la ingrata,
corriendo ligera.
La ves?
SILV. Claramente.
PRINC. Y qué me aconsejas?
SILV. Como lo más cuerdo,
que hagais la maleta
legando al olvido
la boda deshecha.
PRINC. Pero has visto nunca
mujer más coqueta?
SILV. Sí, señor; la mia
le moja la oreja.
PRINC. Y lo más cargante,
lo que más me quema,
es que más la quiero,
cuanto es más perversa.

Habrá mil mujeres
de mayor belleza,
de cutis más blanco,
de tez más morena,
de más negro pelo,
de más rubias cejas;
pero más gachona,
ni más zalamera,
ni más vivaracha.
ni más pispereta,
ni más trapalona
ni más embustera,
ni para un remedio
se encuentra en la tierra.
Y mira, Silvestre,
qué suerte más terca.
Por eso me gusta,
por eso me peta.
Seré yo menguado?
Seré yo babieca?
Lo que somos todos
en esa materia.

PRINC. Si yo de mi córte
los sabios oyera,
tomára consejos
henchidos de ciencia;
que en estos asuntos
son duchas las letras.

SILV. Letras?... Aquí mismo
las hay á docenas.

PRINC. Aquí, dices?

SILV. Justo.
En lejanas épocas,
las letras moraban
en otras esferas,
y en tiernos idilios,
ó en graves poemas
buscaban la gloria
pobres y contentas.

PRINC. Y ya no la quieren?

SILV. Si viene, la aceptan;
pero no les gusta

morir de miseria.
Y como en el dia,
por fas ó por nefas,
el que tiene vale,
y al que no le brean,
y las letras notan,
que la de más ciencia
si mal traje viste
y el pie al aire lleva,
nadie la hace caso,
por sabia que sea,
en vez de laureles
procuran pesetas.

PRINC. Es cierto?...

SILV. Por eso,
en plena asamblea,
dejando el Parnaso
para quien lo quiera,
en busca del oro
aquí se nos cuelan.

PRINC. Y yo puedo hablarlas?
Magnífica idea!
Expongo mi angustia,
relato mi pena,
las letras me oyen,
discuten, acuerdan,
y sigo el dictámen
al pie de la letra.

SILV. Pensais cuerdamente.
Qué miro?... Son ellas.

PRINC. Tan pronto? Me alegro.

SILV. Hácia aquí se acercan.

PRINC. Pues déjame solo.

SILV. Feliz ocurrencia.
Gustoso me alejo,
que á mí, en cuanto á letras,
solo las de cambio
me parecen buenas. (Váse.)

ESCENA X.

El PRÍNCIPE y CORO DE MUJERES, representando las veinte y siete letras del alfabeto, saliendo por su órden.

MUSICA.

CORO. Marchen las vocales
á, é, í, ó, ú,
como capitanas
de esta multitud.
Despreciar el lauro
por el interés,
hoy de esta asamblea
es el á, bé, cé.

PRINC. Muy señoras mias!...

CORO. Quién es vuesarced?

PRINC. Pido una consulta.

CORO. Diga cé por bé.

PRINC. Ya sé que es de ene
exponer mi plan;
y á decir mis cuitas
voy de pé á pá.
Yo tengo una novia
que es como una i... mágen,
ó como una i griega,
llámela usted hache.
Yo, por su cariño,
voy hecho una equis,
y en que no se casa
ella erre que erre.
Y pregunto aquí,
cómo arreglo yo,
que diga ese i sí,
en vez de ene ó no?

CORO. Cuestion es la que expone
muy grave y literaria.
Mas yo para estos casos,
la letra soy más sábia.

LA A. Yo soy la más antigua.

LA G. Yo el alma del gobierno.

LA R. Sin mí no hay rey ni roque.
LA U. Sin mí no hay universo.
UNAS. Á mí me pertenece.
OTRAS. Yo tengo más derecho.
PRINC. Aunque el asunto es grave,
no hay que tomarlo en sério.
Qué letra es más alegre
de todo el alfabeto?
CORO. La jota es la más chusca.
PRINC. Pues á la jota apelo.
CORO. Entónces con la jota
dictámen te daremos.

(Durante el preludio para la jota, las letras forman los siguientes letreros.)

VERSO
Y
MÚSICA,
BUFOS.

(Las que no toman parte en los letreros, marcan, bailando, el paso de la jota. Al terminar el preludio, se colocan todas en el órden que estaban.)

En la cartilla de amor,
nunca pasa de la é,
el que es la be con la ó,
y otra ó tras de otra bé.
El que más ese, á y ele tiene,
nunca da con la ó tras la ene;
y el que nace zopenco y lilí,
nunca da con la ese y la í.
A, B, C, D, É,
F, G, H, U,
L, J, K.
M, P, N, Q,
X, R Y Z,
anda, y dí á tu madre,
que te dé la teta.

PRINC. A, B, C, D, É,
F, G, H, U,
L, J. K,
M, P, N, Q,
X, R Y Z...
quieren que me vuelva

párvulo de teta.
(Vánse las Letras.)

ESCENA XI.

El PRÍNCIPE, despues NINA.

HABLADO.

PRINC. Mi sagacidad penetra
el silabario y su objeto;
mas, del presente alfabeto,
no comprendo ni una letra,
Lo que hago quiero saber;
llamo á la ciencia en consulta,
y del dictámen resulta
que estoy sin saber qué hacer.
NINA. (Sorda esta vez á mi voz,
Mari-Ramos me abandona!
pero aun ciño la corona
para vengarme feroz.)
PRINC. (Con callar nada consigo,
y hablando mi mal escucho.)
NINA. Vos aquí?... me alegro mucho.
PRINC. Aquí vos? Lo mismo digo.
NINA. Y vuestro padre?
PRINC. No sé.
NINA. Haced que venga al momento,
y que arregle el casamiento
sin más dilaciones.
PRINC. Eh?...
Qué decis?
NINA. Digo lo fijo.
PRINC. Y al decírmelo... es decir,
que venis á desdecir
lo que en lo dicho se dijo.
Y decis... salva y cohetes!
que yo diga... ó que digamos. .
NINA. Lo que digo es, que no estamos
para dimes y diretes.

Ver á vuestro padre anhelo.

PRINC. Y yo que le hableis ansío.

NINA. Pues buscarle, y al avio.

PRINC. Pues voy por él en un vuelo. (Váse.)

ESCENA XII.

NINA, despues HERMINIO.

NINA. Esposa de otro seré,
y como aquí mando yo,
al que mi amor desdeñó
en duro encierro pondré.
Esclavo humilde y rendido
hará mi dicha segura.

HERM. (Que ha salido momentos ántes.)
Nunca ha dado la ventura
el oro mal adquirido.

NINA. Y por qué con tal teson
tu labio á mi bien se niega?

HERM. Porque miro que te ciega
desatinada ambicion.
(Tuve valor un instante
para fingirla desvío,
y la busco, á pesar mio,
más cariñoso y amante:)
Renuncia cetro y diadema
como renuncio á ser oro,
y yo te daré un tesoro
de amor.

NINA. Sí?... linda pamema!

HERM. Amor es suprema ley.

NINA. Terminemos la porfía.
Hoy tu mano ha de ser mia,
ó me caso con el rey.
Y en sus brazos me verás
venturosa y zalamera...
(Abrazándole.)
cuando en los tuyos pudiera,
mi bien, serlo mucho más.

HERM. Es cierto?... (Terrible lucha!)
Serás feliz á mi lado?

NINA. Como la cabra en el prado,
como en el agua la trucha.
HERM. El corazon lucha en vano,
porque tu amor es mi vida.
NINA. Herminio!...
HERM. Nina querida!...
Venciste... tuya es mi mano.
NINA. Ah!...
HERM. Y el hado con fiereza
no castigue en tal union,
de tí, la loca ambicion,
de mí, la débil flaqueza.
NINA. Qué me importa el iracundo
ceño del hado enemigo,
si al desposarte conmigo
me haces la reina del mundo?
Vasallos... de mi ventura
venid á escuchar la nueva.

ESCENA XIII.

DICHOS, el PRÍNCIPE, el REY, SILVESTRE, DAMAS, CABALLEROS y LETRAS.

PRINC. (Ap. al Rey.) Al fin me como la breva.
REY. (Id. al Príncipe.) Para tí no está madura.
NINA. Llegó la ocasion dichosa
de que diga el lábio ufano,
á quién doy mi augusta mano
como legítima esposa.
Manto, corona y sitial
conducid aquí al momento.
(Dos pajes sacan el sitial y otros en bandejas la corona y manto real, que se pone Nina.)
Ahora con fausto opulento
empieza el ceremonial.
Venga el amante que adoro.
(Se acercan el Príncipe y el Rey.)
PRINC. Ah!... (Con alegría.)
REY. (Id.) Oh!...
NINA. Á vosotros no os llamo.
El esposo á quien yo amo

con vida y alma es el oro.
PRINC. Otra vez?... Me desespero!
REY. Antes era tu amor mio.
NINA. Pero como no soy rio,
me vuelvo atrás cuando quiero.
Ven tú, mi Herminio.
HERM. Oh! placer!...
por siempre unidos los dos!
NINA. Y desde hoy tan solo en Dios
reconozo más poder.

MUSICA

Á mi carro triunfal
sujeté el porvenir.
¿Quién mi real voluntad
osará resistir?
HERM. Tu belleza sin par,
tu cariño sin fin
las riquezas serán
de mi pecho feliz.

(Nina se sienta en el sitial y Herminio cae de rodillas á sus piés. La misma nube del primer acto la envuelve y oculta con Herminio.)

CORO. Siempre el rico metal
humilló la cerviz
ante el labio locuaz
de una niña gentil.
PRINC. Yo protesto de esa boda.
REY. Yo tambien.
PRINC. Dios poderoso!
nos oculta densa nube
á la esposa y al esposo.
CORO. Esta es una cosa
sobrenatural!
REY y PRINC. Mirad.
CORO. Ya la densa nube
despejando va.
REY y PRINC. Callad.

(Se desvanece la nube y aparece en el sitial la gata del primer acto, y Herminio vestido de jardinero.)

TODOS. No es falso sueño.
no es ilusion.
Oh!...
La altiva reina
despareció.
Y se convierte,
bien claro está.
Ah!...
En una gata!...
Já, já, já, já!

(Continúa la música muy piano.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, ménos NINA

HABLADO.

SILV. Rey del mundo, vuelve en tí.
HERM. Esa voz!... Oh!... Qué estoy viendo?
Cielos! Todo lo comprendo!
Para siempre la perdí!
Su soberbia desmedida
irritó al destino amigo,
y la vuelve por castigo
á su miserable vida.
SILV. (Si justicia tan severa
extensiva á todos es,
no vuelve á andar en dos piés
la descocada bolera.)
PRINC. Partamos sin dilacion.
Y como no entiendo jota
de lo que así os alborota
y causa mi admiracion,
para saber el secreto
de este lance extraordinario,
ofrezco un té literario,
y convido al alfabeto.

MUSICA.

(Las Letras y el Príncipe repiten la jota, y er estribillo forman aquellas dos letreros que dicen:

BUENAS
NOCHES.

(Baja el telon.)

FIN DE LA ZARZUELA.